

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

ROMANOS

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Romans 1–8*, © 1991 por John MacArthur y publicado por The Moody Bible Institute of Chicago / Moody Press, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, Illinois 60610-3284.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Romans 9–16*, © 1994 por John MacArthur y publicado por The Moody Bible Institute of Chicago / Moody Press, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, Illinois 60610-3284.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Romanos*, © 2010 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

Traducción: John Alfredo Bernal López

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1802-0

1 2 3 4 5 edición / año 14 13 12 11 10

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

ROMANOS
I—8

En memoria de Thaddeus Woziwodzki.
Aunque nuestra amistad fue breve, el efecto de su amor por Cristo,
la Palabra y mi persona, me enriquecieron de forma permanente.

Índice

Prólogo	9
Introducción	11
1. Las buenas nuevas de Dios – parte 1	27
2. Las buenas nuevas de Dios – parte 2	39
3. Las buenas nuevas de Dios – parte 3	47
4. Liderazgo espiritual verdadero	59
5. El evangelio de Cristo	79
6. La ira de Dios	89
7. Razones para la ira de Dios – parte 1	99
8. Razones para la ira de Dios – parte 2	117
9. Abandonados por Dios	127
10. Principios del juicio de Dios – parte 1	143
11. Principios del juicio de Dios – parte 2	157
12. Seguridad falsa	179
13. La ventaja de ser judío	197
14. La culpabilidad de todos los hombres	211
15. Cómo estar a cuentas con Dios	231
16. Cómo fue que Cristo murió para Dios	247
17. Abraham, justificado por la fe	267
18. Abraham, justificado por gracia	281
19. Salvación por poder divino, no por esfuerzo humano	297
20. La seguridad de salvación	309
21. Adán y el reino de la muerte	331
22. Cristo y el reino de la vida	343
23. Morir para vivir	353
24. Vivos para Dios	373
25. Libres del pecado	383
26. Muertos a la ley	399
27. El pecado y la ley	409
28. El creyente y el pecado que mora en él	423

29.	Vida en el Espíritu – parte 1 El Espíritu nos hace libres del pecado y la muerte y nos capacita para cumplir la ley	441
30.	Vida en el Espíritu – parte 2 El Espíritu cambia nuestra naturaleza y nos da poder para ganar la victoria	461
31.	Vida en el Espíritu – parte 3 El Espíritu confirma nuestra adopción	479
32.	El Espíritu Santo garantiza nuestra gloria – parte 1 La incomparable ganancia de gloria	491
33.	El Espíritu Santo garantiza nuestra gloria – parte 2 Los gemidos indecibles por la gloria	503
34.	La seguridad última – parte 1 La garantía infalible de gloria	525
35.	La seguridad última – parte 2 El propósito y progreso de la salvación	545
36.	El himno de seguridad	559
	Bibliografía	579
	Índice de palabras griegas	583
	Índice de palabras hebreas	585
	Índice temático	587

Prólogo

Predicar a nivel expositivo a través del Nuevo Testamento sigue significando para mí una gratificante comunión divina. Mi meta ha sido siempre tener profundo compañerismo y comunión con el Señor al entender su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que significa e implica cierto pasaje. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo en “poner sentido” a cada pasaje con el fin de que puedan verdaderamente escuchar a Dios hablar, y que al hacerlo se encuentren en capacidad de responderle.

Obviamente, el pueblo de Dios necesita entender a Dios, y esto requiere un conocimiento de su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15), así como el hecho de permitir que esa Palabra more en abundancia dentro de cada uno de nosotros (Col. 3:16). Por lo tanto, el ímpetu preponderante de mi ministerio consiste en contribuir de alguna forma a que la Palabra viviente de Dios sea avivada en su pueblo. Esta es una aventura siempre refrescante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja la búsqueda de ese objetivo que precisamente consiste en explicar y aplicar las Escrituras a nuestra vida. Algunos comentarios son básicamente lingüísticos, otros eminentemente teológicos y algunos fundamentalmente homiléticos. El que usted tiene en sus manos es primordialmente explicativo o expositivo. No es técnico en el sentido de la lingüística, pero también trata aspectos lingüísticos cuando esto resulta ser de ayuda para la interpretación adecuada. No trata de abarcar todos los temas de la teología, pero se enfoca en las doctrinas más importantes presentes en cada texto y en la manera como se relacionan con las Escrituras en su conjunto. No es homilético en principio, aunque cada unidad de pensamiento se trata por lo general como un capítulo, con un bosquejo claro y un flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y aplican con el respaldo de otras porciones de las Escrituras. Tras establecer el contexto de un pasaje, me he esforzado en seguir de cerca el desarrollo argumentativo y el razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda alcanzar un entendimiento pleno de lo que el Espíritu Santo está diciendo por medio de esta parte de su Palabra, de tal manera que su revelación se pueda alojar en las mentes de los creyentes trayendo como resultado una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

LA IMPORTANCIA DE LA EPÍSTOLA

La mayoría de, si no todos, los grandes avivamientos y reformas en la historia de la iglesia, han estado relacionados directamente con la carta a los romanos. En septiembre de 386 d.C., un nativo del norte de África quien había sido profesor durante varios años en Milán, Italia, se sentó a derramar lágrimas en el jardín de su amigo Alipio, contemplando las maldades de su vida. Mientras estuvo allí sentado, escuchó a un niño cantar “*Tole, lege. Tole, lege*”, que en latín significa “Toma y lee. Toma y lee”. A su lado había un rollo abierto de la carta a los romanos, y él lo tomó en sus manos. El primer pasaje que captó con su mirada decía, “no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (13:13-14). Este hombre escribió posteriormente acerca de aquella ocasión: “No quise leer más que eso, ni tampoco lo necesitaba; porque en el mismo instante en que terminé la frase, como por una luz de seguridad infundida en mi corazón, toda la pesadumbre de la duda se desvaneció” (*Confesiones*, Libro 8, capítulo 12). El hombre se llamaba Aurelio Agustín, quien tras la lectura de ese breve pasaje de Romanos, recibió a Jesucristo como Señor y Salvador, y prosiguió a convertirse en uno de los teólogos y líderes más descollantes de la iglesia.

Un poco más de mil años después, Martín Lutero, un monje perteneciente a una orden religiosa católica romana nombrada en honor de Agustín, estaba enseñando la carta a los romanos a sus estudiantes en la Universidad de Wittemberg en Alemania. A medida que estudiaba el texto cuidadosamente, experimentó cada vez más convicción por el tema central de la justificación por fe solamente. Él escribió:

Yo anhelaba en gran manera entender la Epístola de Pablo a los Romanos, y ninguna cosa se había cruzado en mi camino excepto por esa sola expresión: “la justicia de Dios”, porque yo asumí que se refería a aquella justicia por la cual Dios es justo y trata con justicia a los injustos por

medio del castigo ... Noche tras día medité en ello hasta que ... capté la verdad según la cual la justicia de Dios es aquella justicia según la cual, por medio de la gracia y la pura misericordia, Él nos justifica por fe. A partir de entonces sentí que yo mismo había vuelto a nacer y que acababa de pasar por las puertas abiertas del paraíso. Todas las Escrituras adquirieron un nuevo significado, y allí donde antes la idea de “la justicia de Dios” me había llenado de aborrecimiento, ahora se había convertido para mí en una expresión dulce e inenarrable del más grande amor. Este pasaje de Pablo se convirtió para mí en una puerta de entrada al cielo. (Cp. Barend Klaas Kuiper, *Martin Luther: The Formative Years* [Grand Rapids: Eerdmans, 1933], pp. 198-208.)

Varios siglos más tarde, un ministro ordenado en la iglesia de Inglaterra con el nombre de Juan Wesley, estaba atravesando por una confusión similar acerca del significado del evangelio y se encontraba en la búsqueda de una experiencia genuina de salvación. Para la noche del miércoles 24 de mayo de 1738, él escribió en su diario:

Asistí de no muy buen ánimo a una reunión social en la calle Aldersgate, donde alguien estaba leyendo el prefacio de Lutero a la epístola a los romanos. Cerca de un cuarto de hora antes de las nueve, mientras él describía el cambio que Dios obra en el corazón mediante la fe en Cristo, sentí un extraño calor en mi corazón. Sentí que sí confiaba en Cristo, y solamente en Cristo, para mi salvación; y también me fue dada una seguridad de que Él se había llevado mis pecados, incluso a mí mismo, y que me había salvado de la ley del pecado y de la muerte.

Al tratar de estimar la importancia de la carta a los romanos, Juan Calvino dijo: “Cuando cualquier persona adquiere un conocimiento de esta epístola, se abre ante él una puerta de acceso a los tesoros más recónditos de las Escrituras” (*Commentaries on the Epistle of Paul to the Romans* [Grand Rapids: Baker, 1979], p. 1). Martín Lutero dijo que Romanos es “la parte central del Nuevo Testamento y el evangelio más depurado” (*Commentary on the Epistle to the Romans* [Grand Rapids: Kregel, 1954], p. xiii). Frederick Godet, el notorio comentarista bíblico suizo, llamó al libro de Romanos “la catedral de la fe cristiana” (*Commentary on St. Paul’s Epistle to the Romans* [Nueva York: Funk & Wagnalls, 1883], p. 1).

El famoso traductor de la Biblia del siglo dieciséis, William Tyndale, escribió las siguientes palabras en su prólogo a la carta a los romanos:

Por cuanto esta epístola es la parte principal por excelencia del Nuevo Testamento, y su más pura condensación del *euangelion*, es decir, de

nuevas de gran gozo que nosotros llamamos evangelio, así como una luz y un camino que conduce a todo el conjunto de las Escrituras, creo que resulta indispensable que todo cristiano no solamente lo conozca de memoria sin el libro a la mano, sino que también se ejercite en ello de continuo, como si fuera el pan diario del alma. En verdad, ningún hombre puede leerlo con excesiva frecuencia, o estudiarlo demasiado bien, porque entre más se estudia más fácil resulta; entre más se mastica, cuanto más agradable es su sabor; y cuanto más se escudriña a fondo, cosas cada vez más preciosas se hallan en él. Así de grande es el tesoro de cosas espirituales que yacen aquí escondidas. (*Doctrinal Treatises and Introductions to Different Portions of the Holy Scriptures by William Tyndale*, Henry Walter, ed. [Cambridge: University Press, 1848], p. 484)

El popular expositor bíblico Donald Grey Barnhouse, quien transmitió por radio mensajes semanales sobre la carta a los romanos en el transcurso de once años, escribió con respecto a esta amada epístola:

Un científico puede afirmar que la leche materna es el alimento más perfecto conocido por el hombre, y puede presentar un análisis donde muestre todos sus componentes químicos, así como una lista de las vitaminas que contiene y un cálculo de las calorías presentes en una muestra dada. Un bebé tomará esa leche sin el conocimiento más remoto de su contenido, y se desarrollará día tras día, regodeándose y creciendo en medio de su ignorancia. Así ocurre también con las verdades profundas de la Palabra de Dios. (*Man's Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], p. 3)

Se ha dicho que Romanos puede deleitar al lógico más brillante, y cautivar la mente del genio más consumado, pero que también traerá lágrimas a los ojos del alma más humilde y refrigerio a la mente más simple. Es capaz de tumbarle de un solo golpe para después levantarlo de nuevo. Va a despojarle de todo su ropaje, para después vestirle con elegancia eterna. La carta a los romanos tomó un mercachifle de Bedford como lo era Juan Bunyan, para convertirlo en el gigante espiritual y maestro literario que escribió *El progreso del peregrino* y *La guerra santa*.

Esta epístola cita al Antiguo Testamento en unas 57 ocasiones, más que cualquier otro libro del Nuevo Testamento. En él se emplean palabras claves de forma reiterativa: *Dios* 154 veces, *ley* 77 veces, *Cristo* 66 veces, *pecado* 45 veces, y *fe* 40 veces.

Romanos responde muchas preguntas acerca del hombre y de Dios. Algunas de las preguntas más significativas que responde son las siguientes: ¿Cuáles son

las buenas nuevas de Dios? ¿Jesús es Dios en realidad? ¿Cómo es Dios? ¿Cómo puede Dios enviar personas al infierno? ¿Por qué los hombres rechazan a Dios y a su Hijo, Jesucristo? ¿Por qué hay religiones falsas e ídolos? ¿Cuál es el pecado más grande del hombre? ¿Por qué existen las perversiones sexuales, el odio, el crimen, la deshonestidad, y todos los demás males del mundo, y por qué son tan generalizados y licenciosos? ¿Cuál es el parámetro conforme al cual Dios condena a las personas? ¿Cómo puede una persona que nunca ha escuchado el evangelio tener responsabilidad espiritual? ¿Los judíos tienen una mayor responsabilidad de creer que los gentiles? ¿Quién es un judío verdadero? ¿Existe alguna ventaja espiritual en el hecho de ser judío? ¿Qué tan bueno es el hombre en sí mismo? ¿Cuán malvado es el hombre en sí mismo? ¿Acaso alguna persona puede guardar las leyes de Dios a perfección? ¿Cómo puede una persona saber que es un pecador? ¿Cómo puede un pecador ser perdonado y justificado por Dios? ¿Cómo se relaciona un cristiano con Abraham? ¿Cuál es la importancia de la muerte de Cristo? ¿Cuál es la importancia de su resurrección? ¿Cuál es la importancia de su vida presente en el cielo? ¿Por quiénes murió Cristo? ¿Dónde pueden encontrar los hombres paz y esperanza reales? ¿Cómo están relacionados todos los hombres espiritualmente con Adán, y de qué manera los creyentes están relacionados espiritualmente con Jesucristo? ¿Qué es la gracia y qué función cumple? ¿Cómo se relacionan la gracia y la ley de Dios? ¿Cómo muere espiritualmente una persona y cómo nace de nuevo? ¿Cuál es la relación del cristiano con el pecado? ¿Qué tan importante es la obediencia en la vida cristiana? ¿Por qué vivir la vida cristiana es una lucha tan grande? ¿Cuántas naturalezas tiene un cristiano?

Todavía hay muchas más preguntas: ¿Qué hace el Espíritu Santo por un creyente? ¿Qué tan íntima es la relación de un cristiano con Dios? ¿Por qué existe el sufrimiento? ¿El mundo va a ser diferente algún día? ¿Qué son elección y predestinación? ¿Cómo pueden orar adecuadamente los cristianos? ¿Qué tan segura es la salvación de un creyente? ¿Cuál es el plan actual de Dios para Israel? ¿Cuál es su plan futuro para Israel? ¿Por qué y para qué han sido escogidos los gentiles por Dios? ¿Cuál es la responsabilidad del cristiano para con los judíos e Israel? ¿Qué es un compromiso espiritual verdadero? ¿Cómo debe ser la relación del cristiano con el mundo en general, con los no salvos, con otros cristianos, y con el gobierno humano? ¿Qué es amor genuino y cómo funciona? ¿Qué deben hacer los cristianos frente a cuestiones que no son correctas o incorrectas en sí mismas? ¿Qué es libertad verdadera? ¿Qué tan importante es la unidad en la iglesia?

No es de extrañarse que Frederick Godet, citado anteriormente, haya exclamado en cierta ocasión: “¡Oh San Pablo! Si tu única obra hubiese sido redactar la epístola a los romanos, eso habría sido suficiente para hacerte querer de todas las mentes lógicas”.

Romanos habla a nosotros hoy día con el mismo efecto con que habló a los hombres del primer siglo. Habla sobre aspectos morales como adulterio, fornicación, homosexualismo, odio, homicidio, mentira y desobediencia civil. Habla sobre cuestiones intelectuales, enseñándonos que el hombre natural se confunde a causa de tener una mente reprobada. Habla en términos sociales, al mostrarnos cómo debemos relacionarnos unos con otros. Habla en términos psicológicos, indicándonos de dónde viene la verdadera libertad del hombre frente a la carga de la culpa. Habla a nivel nacional, al contarnos acerca del destino último de la tierra y especialmente acerca del futuro de Israel. Habla en el área espiritual, respondiendo a la desesperanza del hombre ofreciendo esperanza para el futuro. Habla teológicamente, enseñándonos acerca de la relación entre la carne y el espíritu, entre la ley y la gracia, entre las obras y la fe; pero por encima de todo, nos acerca a Dios con profundidad.

Un poeta anónimo escribió estas conmovedoras palabras que captan en gran parte el corazón mismo de la carta a los romanos:

Oh, largas y lóbregas fueron las escaleras que recorrí
Con pies temblorosos para hallar a mi Dios.
Ganando un peldaño poco a poco
Para después resbalarme y perderlo.
Nunca avancé mucho pero sigo luchando
Con agarre debilitado y voluntad endeble,
Sangrando en mi ascenso escalado a Dios, mientras Él
Sonreía serenamente como si no pudiera notarme.
Luego llegó un cierto momento en que
Aflojé mi aprehensión y caí desde aquella altura;
Abajo, hasta el escalón más bajo fue mi caída,
Como si no hubiera escalado en absoluto.
Ahora, cuando yacía tendido en mi desesperanza,
Escucho ... una pisada en la escalera,
En esa misma escalera donde yo temí,
Donde vacilé y caí para yacer desmayado.
Y miré, y cuando la esperanza había dejado de ser,
Mi Dios descendió por la escalera y llegó hasta mí.

EL AUTOR

Resulta imposible entender con claridad la carta a los romanos sin conocer algo acerca de su sorprendente autor.

Pablo fue llamado originalmente Saulo en honor al primer rey de Israel, y como él también perteneció a la tribu de Benjamín (Fil. 3:5). Nació en Tarso

(Hch. 9:11), una ciudad próspera ubicada a poca distancia de la costa norte oriental del Mediterráneo, en la provincia de Cilicia que ocupaba lo que actualmente es la moderna Turquía. Tarso era un centro de aprendizaje y cultura griega y domicilio de una de las tres universidades más sobresalientes del Imperio Romano. Saulo pudo haber recibido su entrenamiento allí así como en Jerusalén, bajo la tutela del rabino Gamaliel (Hch. 22:3), quien fue nieto de Hilel, probablemente el rabino más famoso de todos los tiempos. Por cuanto se decía que él personificaba la ley, con mucha frecuencia se hacía referencia a Gamaliel como “la belleza de la ley”. Por lo tanto, Saulo fue educado en la literatura y filosofía griegas, así como en la ley rabínica.

Siguiendo la ley mosaica, Saulo fue circuncidado al octavo día (Fil. 3:5). Es probable que haya sido enviado a Jerusalén tan pronto llegó a los trece años de edad, edad en que los niños judíos llegaban a ser reconocidos como hombres. Bajo la tutela de Gamaliel, Saulo seguramente tuvo que memorizar y aprender a interpretar las Escrituras de acuerdo a la tradición rabínica, principalmente la contenida en el Talmud. Probablemente fue durante su permanencia en Jerusalén que se convirtió en fariseo. Debido a que su padre era ciudadano romano, Saulo nació con esa ciudadanía (Hch. 22:28), un título bastante apreciado y beneficioso para él. Por todas estas circunstancias, llegó a poseer las credenciales más altas que podían alcanzarse en aquel tiempo, tanto en la sociedad greco-romana como en la judía.

De conformidad con la costumbre judía, Saulo también aprendió el oficio de su padre que era la fabricación de tiendas (Hch. 18:3). En vista del hecho de que este apóstol nunca tuvo un encuentro con Jesús durante su ministerio terrenal, es probable que haya regresado a Tarso tras recibir su educación en Jerusalén. Debido a su entrenamiento sobresaliente, fue sin duda un líder en una de las sinagogas principales de Tarso, sosteniéndose económicamente con la fabricación y venta de tiendas. Según su propio relato, había sido un legalista celoso, un “hebreo de hebreos” comprometido totalmente con la ley en todos sus detalles (Fil. 3:5-6).

Probablemente fue mientras estuvo de regreso en Tarso que empezó a escuchar acerca de la nueva “secta” que estaba inundando a Jerusalén, no solo con su enseñanza sino también con la cantidad de sus conversos. Al igual que la mayoría de los líderes judíos en Palestina, Saulo se sentía profundamente ofendido por la aspiración de Jesús al título de Mesías y se dedicó a tratar de erradicar la supuesta herejía. Todavía era un joven cuando regresó a Jerusalén, pero debido a su celo y a su habilidad natural, en poco tiempo se convirtió un líder en la persecución de la iglesia. En lugar de ablandar su corazón, al principio el apedreamiento de Esteban endureció todavía más el corazón de Saulo, y a partir de ese momento Lucas nos informa que “Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel” (Hch. 8:3).

Lucas también empieza otro reporte sobre las actividades del futuro apóstol al decir: “Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor” (9:1). Él se convirtió en una especie de caballo de guerra con el olor de la batalla en sus fosas nasales, gruñendo y resoplando con una furia intemperante contra todo y todos los que estuvieran relacionados con el cristianismo. Él se convirtió para los cristianos en alguien muy parecido al malvado Amán, “el enemigo de los judíos” que procuró destruir a todos los judíos que había en el vasto imperio del rey Asuero (Est. 3:8-10).

No contento con perseguir a los creyentes en Jerusalén y Judea, Saulo “vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase a algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén” (Hch. 9:1-2). Saulo estaba consumido por una pasión para encarcelar y ejecutar a los cristianos, y antes de ir a Damasco se había dedicado a arremeter contra los cristianos “hasta en las ciudades extranjeras” fuera de Israel (véase Hch. 26:11).

En aquel tiempo, Damasco era una ciudad de unos 150.000 habitantes, incluyendo a muchos miles de judíos. Por lo tanto, es posible que las “sinagogas de Damasco” a las que Saulo hacía referencia fueran cerca de una docena o más. Damasco era la capital de Siria y se encontraba a unos 200 kilómetros al noreste de Jerusalén, se requerían por lo menos seis días de viaje para trasladarse de una ciudad a la otra.

No obstante, cuando Saulo se encontraba “yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (9:3-4). En su defensa ante el rey Agripa muchos años después, Pablo relató que Jesús añadió a continuación: “Dura cosa te es dar coces contra el aguijón” (Hch. 26:14). Un aguijón era una vara larga y de punta afilada que se utilizaba para apacentar a ganado obstinado como es el caso de los bueyes. Para hacer que el animal siguiera andando, era espoleado en el inmediato costado o justo arriba del talón. En la cultura griega la frase “es duro dar coces contra el aguijón” era una expresión común que se utilizaba para indicar oposición a una deidad en particular, una expresión que sin duda alguna Saulo había escuchado muchas veces mientras vivió en Tarsos. Con esa frase, Jesús le estaba dejando en claro a Saulo que su persecución de los cristianos era equivalente a oponerse a Dios mismo, lo cual era exactamente todo lo contrario de lo que él se había convencido que estaba haciendo.

Con un temor abyecto Saulo contestó a la voz celestial: “¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hch. 9:5). En ese momento Saulo debió haber estado aterrorizado y desgarrado al mismo tiempo. Aterrorizado porque estaba en la misma presencia de Dios y desgarrado al descubrir que había estado luchando en contra de Dios en lugar de servirle. Quedó devastado

al darse cuenta de que la sangre que había estado derramando era la sangre del pueblo de Dios. El Jesús a quien sus compatriotas israelitas habían escarnecido, vapuleado y sometido a muerte; el Jesús a quien Esteban había invocado mientras Saulo estaba de pie consintiendo en su muerte; el Jesús cuyos seguidores Saulo mismo había estado encarcelando y ejecutando. Ese Jesús era ni más ni menos que Dios mismo, tal como lo había afirmado cuando estuvo en la tierra! En ese momento Pablo quedó totalmente expuesto e indefenso ante Dios, cegado por el brillo refulgente de su majestad revelada.

Durante muchos años Saulo había estado absorbido por completo con la obsesión de aniquilar la iglesia, y si hubiera llevado a cabo su plan, la iglesia habría muerto en su infancia, ahogada en su propia sangre. Si el Señor no hubiera añadido de inmediato: “Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer” (9:6). Es muy posible que Saulo hubiera expirado simplemente a causa del temor que le sobrecogió ante la enormidad de su pecado. Muchos años más tarde él miró esa experiencia en retrospectiva y declaró:

Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. (1 Ti. 1:12-15)

En ese camino cerca a Damasco, Saulo fue transformado de una manera maravillosa y para toda la eternidad. A pesar de haber quedado temporalmente ciego y que a duras penas pudo hablar, durante esa experiencia él sometió por completo su vida a Cristo.

Es probable que Saulo haya estado empeñado con tanta vehemencia en destruir a los seguidores de Jesús, que ningún cristiano habría sido capaz de presentarle con éxito el evangelio. Únicamente Dios, por medio de una intervención milagrosa, pudo llamar su atención, ¡y de qué manera lo hizo! Era necesario que fuera doblegado y quebrantado por completo antes de que estuviera dispuesto a prestar atención a la verdad de Dios. Él era tan temido por la iglesia que ni siquiera los apóstoles quisieron hablar con él cuando solicitó por primera vez permiso para visitarlos. A ellos les parecía imposible creer que Saulo de Tarso pudiera ser un discípulo de Cristo (Hch. 9:26).

De forma consecuente a su capacidad natural para sentir celo y entusiasmo, tan pronto como Saulo recuperó la vista fue bautizado, y recibió algún alimento después de pasar tres días sin comer ni beber (véase 9:9), vemos que Saulo “en seguida predicaba a Cristo en las sinagogas” (v. 20), ¡las mismas sinagogas para

las cuales había recibido cartas de autorización del sumo sacerdote con el objetivo de arrestar a todos los cristianos que encontrara en ellas! No es para sorprenderse que “todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes” (v. 21).

Por una iluminación divina extraordinaria, tras su conversión Saulo estuvo de inmediato en capacidad no solamente de testificar sobre lo que le había sucedido, sino para defender el evangelio de una manera tan contundente que hasta confundía a todos los judíos incrédulos que se atrevían a discutir con él, “demostrando que Jesús era el Cristo” (v. 22).

Él tuvo tanto éxito en su proclamación del evangelio que en poco tiempo sus antiguos secuaces, al lado de otros judíos incrédulos en Damasco, hicieron planes para matarle. En su determinación para exterminar a este traidor a su causa, se ganaron el apoyo político y militar del “gobernador de la provincia del rey Aretas” (2 Co. 11:32). “Pero sus asechanzas llegaron a conocimiento de Saulo. Y ellos guardaban las puertas de día y de noche para matarle. Entonces los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro, descolgándole en una canasta” (Hch. 9:24-25).

Como Pablo mismo explica en su carta a los gálatas, fue en ese momento que él partió hacia Arabia y pasó tres años allá (véase Gá. 1:17-18). Probablemente fue en ese lugar que el apóstol aprendió mucho y recibió revelación directa del Señor. Como él había testificado previamente en Gálatas, el evangelio que fue anunciado por él no era “según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (1:11-12).

Después de ese entrenamiento en el “seminario divino” en Arabia de Nabatea, Saulo regresó a Damasco por un breve tiempo (Gá. 1:17). Es posible que haya sido en esta segunda visita que aquel gobernador que era súbdito del rey Aretas se haya involucrado en el asunto, quizás debido a que Saulo había provocado la ira real por predicar el evangelio mientras estuvo en Arabia, que también se encontraba bajo el control del monarca. Si es así, Saulo escapó de Damasco por segunda ocasión, y esta vez fue descolgado por una ventana del muro en un canasto (véase 2 Co. 11:33).

Únicamente después de ese período de tres años, Pablo fue a Jerusalén y conoció a los demás apóstoles. Mediante la confianza, la gracia y la intercesión oportuna de Bernabé (Hch. 9:27), los apóstoles finalmente reconocieron a Saulo como un creyente verdadero y le aceptaron en la comunidad fraterna.

La cronología exacta de este período en la vida de Pablo no puede determinarse con claridad, pero sabemos que pasó quince días en Jerusalén con Pedro (Gá. 1:18), y en ese momento puede ser que se haya comunicado con los demás apóstoles, aunque no es seguro. En poco tiempo empezó a predicar y enseñar allí y tuvo tanta contundencia cuando “disputaba con los griegos”, que “éstos

procuraban matarle. Cuando supieron esto los hermanos, le llevaron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso”, su ciudad natal (Hch. 9:29-30). Es probable que haya fundado iglesias en Tarso y otros lugares de Cilicia, y sabemos que el Señor le usó más adelante para fortalecer a las iglesias en esa área (Hch. 15:41).

Después que Bernabé fue enviado por la iglesia de Jerusalén a organizar la iglesia en Antioquía de Siria, él ministró allá por cierto período de tiempo y luego decidió incorporar la ayuda de Saulo. Después de haber ido hasta Tarso a buscar a Saulo, Bernabé “le trajo a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente”. Fue durante este tiempo en Antioquía, bajo el ministerio unido de Saulo y Bernabé, que “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez”. (Hch. 11:22-26).

Cuando se cumplió lo predicho por Agabo acerca de “una gran hambre en toda la tierra habitada”, la iglesia de Antioquía recibió contribuciones de sus miembros para aliviar a los creyentes en Judea, quienes estaban pasando por un tiempo de mucha necesidad. La ofrenda fue enviada “a los ancianos [en Jerusalén] por mano de Bernabé y de Saulo” (Hch. 11:28-30).

A medida que la iglesia en Antioquía crecía, también se levantaron otros profetas y maestros, y en un momento dado el Espíritu Santo instruyó a esos líderes al decir: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron” (Hch. 13:1-3). Fue en ese tiempo que Pablo, quien todavía era llamado Saulo, empezó su ministerio especial como apóstol a los gentiles.

EL LUGAR Y EL TIEMPO EN QUE SE ESCRIBIÓ

Pablo hizo tres extensos viajes misioneros cuyos informes pueden encontrarse en el libro de los Hechos, 13:4–21:17, y después realizó un último viaje a Roma para tener una audiencia ante el César (27:1–28:16). En el tercer viaje él fue por tercera vez a Corinto, una ciudad portuaria bastante próspera aunque también llena de maldad, ubicada en la provincia de Acaya, en lo que ahora corresponde al sur de Grecia. Fue probablemente durante esa estadía en Corinto que tuvo el propósito inmediato de recolectar otra ofrenda para los creyentes necesitados de Palestina (Ro. 15:26) que Pablo escribió la carta dirigida a la iglesia en Roma.

Un examen detallado por parte de otros comentaristas da como resultado el arreglo de los datos cronológicos suministrados por el libro de los Hechos y la epístola misma, lo cual nos permite establecer la fecha en que fue escrita a comienzos de la primavera del año 58 d.C., justo antes de que Pablo saliera con rumbo a Jerusalén (Ro. 15:25) para poder llegar antes del Pentecostés (Hch. 20:16).

EL PROPÓSITO PARA ESCRIBIR

Pablo menciona varios propósitos para escribir la carta a los romanos. Primero que todo, él había querido visitar la iglesia en Roma en numerosas ocasiones, pero hasta el momento las circunstancias se lo habían impedido (Ro. 1:13). Él quería ir, según explicó a los creyentes: “porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados” (v. 11). Contrario a la enseñanza de la iglesia católica romana, la iglesia en Roma no fue establecida por Pedro o cualquier otro apóstol. Pablo deja en claro al final de la carta que él se había propuesto expresamente “no edificar sobre fundamento ajeno” (15:20), esto es, su intención no era adoctrinar o dirigir una congregación que había sido fundada por otro apóstol u otro líder cristiano.

Es probable que la iglesia en Roma hubiese sido fundada por un grupo de cristianos judíos que llegaron allí procedentes de Judea. Es posible que hubiese cristianos en Roma desde hacía muchos años, convertidos pertenecientes al grupo de visitantes “tanto judíos como prosélitos” procedentes de Roma que asistieron a la fiesta del Pentecostés (Hch. 2:10), quienes fueron testigos oculares de la llegada y la manifestación del Espíritu Santo, que escucharon a los apóstoles hablar en sus lenguas nativas, y que luego escucharon el potente discurso de Pedro. Si es así, habrían estado entre las tres mil almas que creyeron y fueron bautizadas ese día (v. 41).

De cualquier modo, aunque se trataba de un grupo dedicado y fiel que vivía en el corazón estratégico del Imperio Romano, los creyentes en la ciudad de Roma no habían recibido el beneficio de la predicación y la enseñanza de los apóstoles. Esa era la deficiencia que Pablo quería remediar por medio de su visita para tener un tiempo de instrucción y ánimo en la fe.

Pablo también quería realizar una obra evangelística en ese lugar, lo cual indican sus palabras en torno al deseo pronto que tenía para “anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma” (Ro. 1:15).

Además de esas razones, Pablo quería visitar la iglesia en Roma por su propio beneficio: “para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí” (1:12). Él quería ir allá no solamente por causa de Cristo sino también por el bien de la iglesia, por amor a los perdidos y por su propio provecho personal.

Él anhelaba poder conocer a los creyentes en Roma y que ellos le conocieran bien. Primero que todo, él quería que ellos le conocieran a fin de que pudiesen orar por él. Aunque la mayoría de ellos eran desconocidos para el apóstol, él imploró casi al final de la carta: “Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, ... para que con gozo llegue a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros” (15:30, 32).

Quizás él también quería que ellos le conocieran para que después de su estadía en Roma, ellos estuviesen dispuestos a colaborar con los recursos necesarios para su viaje hasta España, donde tenía la esperanza de ministrar más adelante (15:28).

La carta de Pablo a la iglesia en Roma era entre otras cosas, una presentación que hizo de sí mismo como apóstol. Él expuso el evangelio que predicaba y enseñaba de tal manera que los creyentes en Roma tuvieran una completa confianza en su autoridad. Escribió de su puño y letra un tratado monumental para establecerlos en la verdad y para mostrar que sin lugar a dudas era un verdadero apóstol de Jesucristo.

Cuando Pablo finalmente pudo llegar a Roma fue a costa del gobierno romano, debido a su insistencia en que, siendo un ciudadano romano, fuera juzgado delante de César con respecto a las acusaciones presentadas contra él por los principales sacerdotes y otros líderes judíos de Jerusalén (Hch. 25:2, 11). Por lo tanto, él llevó a cabo su ministerio en Roma siendo un prisionero, y fue durante ese confinamiento que escribió la epístola a los filipenses, en la cual envió saludos de “los de la casa de César” (4:22). También es muy probable que Pablo haya escrito y enviado desde Roma las cartas que conocemos como Efesios (Ef. 3:1; 6:20), Colosenses (Col. 4:10), y Filemón (Flm. 1).

El triunfo espectacular del evangelio durante y por medio del ministerio de Pablo es algo imposible de estimar, pero ese hombre increíble fue llenado de poder y utilizado por el Espíritu de Dios para lograr cosas más allá de lo imaginable. Algunos historiadores han calculado que para el cierre del período apostólico había imedio millón de cristianos! Solamente Dios sabe cuántas de esas personas fueron llevadas al Señor de forma directa o indirecta gracias a los esfuerzos de Pablo. A lo largo de los siglos transcurridos el Señor ha continuado usando los escritos de ese apóstol que fueron claramente inspirados por el Espíritu Santo, con el propósito de ganar a los perdidos y también para edificar, fortalecer, animar y corregir a muchos millones de creyentes de todo el mundo. Él había sido apartado por Dios en su gracia y como él mismo dijo: “desde el vientre de mi madre, ... para que yo le predicase entre los gentiles” (Gá. 1:15-16).

EL CARÁCTER DE PABLO

Físicamente, Pablo no era atractivo (véase por ejemplo, 2 Co. 10:10; Gá. 4:14). Ha sido descrito como bajo de estatura y con cicatrices en su rostro y cuerpo debidas a sus múltiples flagelaciones y apedreamientos. Sin importar cuál haya sido su apariencia física, en estatura y magnificencia espiritual Pablo sin duda sigue sin ser superado entre los siervos de Dios.

Pablo tenía características personales que hacían de él una persona a quien Dios podía usar. Es obvio que poseía una mente totalmente bíblica puesto que

estaba saturado por completo con la Palabra de Dios, que en su tiempo era lo que ahora llamamos el Antiguo Testamento. Su gran intelecto permanecía continuamente inmerso en las Escrituras hebreas, con lo cual recibía una instrucción constante sobre la revelación previa de Dios mismo y de su voluntad.

En la carta a los romanos por ejemplo, Pablo habla con una gran competencia acerca de Abraham. Él entendía la relación que existe entre la gracia y la ley, así como entre la carne y el espíritu. Al enseñar acerca de esas verdades, él extrae de los escritos de Moisés, Oseas, Isaías, David y otros. De los libros de la ley, él demuestra estar familiarizado especialmente con Génesis, Éxodo, Levítico y Deuteronomio. Cita a Jeremías y Malaquías, y alude a Daniel. Cita de Joel 2 y Nahum 1, y se refiere a 1 Samuel, 1 Reyes y Ezequiel 37. Sus pensamientos y su enseñanza se interpolan continuamente con el Antiguo Testamento, quizás de manera predominante con Isaías, en cuyas profecías era todo un maestro.

Citando Isaías 28:16 él declara: “como está escrito: He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado” (Ro. 9:33; cp. 10:11). Unos cuantos versículos más adelante cita Isaías 57:7 al decir: “Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (10:15). En el capítulo 11 él hace una pregunta retórica acerca de 1 Reyes 19:10: “¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura” (v. 2). En dos ocasiones más en ese mismo capítulo él apela a pasajes no especificados de las Escrituras para respaldar lo que está diciendo, y presenta cada cita individual con la frase: “como está escrito” (vv. 8, 26; cp. Dt. 29:4; Sal. 69:22-23; Is. 27:9; 59:20-21). A lo largo del resto de la carta él continúa apelando a la autoridad de las Escrituras (por ejemplo, 12:19; 14:11; 15:3).

El pensamiento bíblico de Pablo estaba combinado con una vocación misionera dinámica y resuelta de la cual no estaba dispuesto a desviarse ni distraerse por motivo alguno. Si lo golpeaban, él continuaba ministrando, si lo metían a la cárcel, él empezaba una reunión evangelística allí mismo (Hch. 16:22-25). Si era apedreado y dejado por muerto a causa de su predicación, Dios lo levantaría de nuevo y él seguía por el camino señalado (14:19-20). Cuando un oyente extenuado cayó desde una ventana en el tercer piso y murió mientras Pablo instruía a los hermanos hasta altas horas de la noche, el apóstol salió y se echó sobre él y le levantó de los muertos para proseguir en seguida con su enseñanza hasta el amanecer (20:9-12).

Pablo recorrió gran parte de los dominios del Imperio Romano de su tiempo, desde Jerusalén hasta Roma y desde Cesarea hasta Filipos en la provincia de Macedonia. Él era un arquitecto constructor de fundamentos, dedicado de forma incansable a declarar el evangelio con suma convicción, quizás durante un período de veinte años sin interrupción. Mientras se encontraba alentando, instruyendo y haciendo advertencias a los ancianos de Éfeso que fueron hasta Mileto para encontrarse con él, Pablo dijo: “El Espíritu Santo por todas las ciudades me

da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:23-24).

Cuando escribió a la iglesia en Corinto él dijo: “Si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Co. 9:16). En una carta posterior dirigida a esa misma iglesia él escribió:

Yo más [soy ministro de Cristo]; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. (2 Co. 11:23-28)

El apóstol había experimentado todas esas cosas y muchas más antes de escribir la carta a los romanos. Él amonestó a Timoteo su joven aprendiz al decir: “Tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio. Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Ti. 4:5-7).

Aunque estaba comprometido con la verdad y la obra misionera, también tenía una inmensa y fogosa percepción del amor de Dios que saturaba todo lo que hacía, decía y escribía. El gran apóstol no puede entenderse aparte de su profundo amor a Dios, su amor hacia los hermanos en la fe, y su amor por la humanidad incrédula, en especial sus compatriotas judíos. Él tenía un amor tan inalterable por Israel y un anhelo tan profundo por su salvación, que fue capaz de decir con perfecta sinceridad: “Deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Ro. 9:3).

El amor de Pablo hacia sus hermanos y hermanas espirituales en la iglesia es evidente a través de toda su carta a los romanos. El capítulo 16 es casi una lista continua de saludos a varios creyentes por quienes el apóstol tenía un afecto especial, incluyendo a quienes le habían ministrado a él y aquellos a quienes había ministrado.

Él habló a partir de una profunda experiencia personal así como de la revelación divina cuando dijo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones” (Ro. 5:5). De la misma manera también declaró: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? ... en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Ro. 8:35, 37). Como se mencionó anteriormente, casi al final de la carta él exhorta a sus lectores: “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios” (15:30).

Como debería ocurrir en la vida de todo creyente, Pablo se encontraba totalmente constreñido bajo el control del amor de Cristo (véase 2 Co. 5:14). Entre más y más entendía y experimentaba el amor de Dios, más estaba en capacidad de corresponder a ese amor en dichos y acciones.

Por encima de todo lo demás, sin embargo, Pablo vivió y trabajó para glorificar a Dios. Acerca del Señor él escribió: “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:36; cp. también 1 Co. 10:31). Él exhortó a sus lectores a que tuvieran ese mismo deseo y propósito: “Para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (15:6). Como el apóstol escogido por Dios específicamente para los gentiles, su anhelo más grande fue “que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia” (15:9). En efecto, las últimas palabras dedican la epístola “al único y sabio Dios”, a quien “sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén” (16:27).

Como observó Donald Grey Barnhouse: “Pablo nunca pudo olvidar el abismo del que había sido sacado” (*Man’s Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], p. 8). Él siempre mantuvo una perspectiva humilde y realista de su obra y de sí mismo.

Pablo estaba tan totalmente consagrado a Jesucristo, que pudo amonestar confiadamente a sus lectores, pero al mismo tiempo con una perfecta actitud de humildad: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Co. 11:1; cp. 4:16), y “Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros” (Fil. 3:17; cp. Hch. 20:18-24; 2 Ts. 3:7-9).

Todo predicador que ha proclamado el evangelio desde el tiempo de Pablo ha dependido de esa enseñanza del apóstol como parte de su preparación y del material que imparte. Las trece cartas del Nuevo Testamento escritas por Pablo constituyen el legado de un gran hombre que fue inspirado plenamente por el Espíritu Santo.

Las buenas nuevas de Dios—parte 1

1

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado phara el evangelio de Dios, (1:1)

Un vistazo rápido a cualquier periódico o la ojeada de una revista semanal de noticias nos recuerda que en nuestro mundo la mayoría de las noticias son malas y parecen empeorar con cada día que pasa. Lo que está sucediendo a escala nacional y mundial no es más que la ampliación de lo que sucede al nivel de los individuos. A medida que aumentan los problemas, animosidades y temores personales, también lo hacen esas mismas realidades en la sociedad humana en general.

Los seres humanos se encuentran bajo el asimiento de un poder aterrador que los aferra en el núcleo mismo de su ser. Si este poder no se vigila y controla de alguna manera, los propulsa a su autodestrucción de una u otra forma. Ese poder es el pecado, que nunca deja de ser una mala noticia para todos.

El pecado es una mala noticia en todas las dimensiones de la vida. Entre algunas de sus consecuencias se encuentran cuatro subproductos que garantizan miseria y pesar para un mundo cautivo. Primero, el pecado tiene en su raíz misma el egoísmo. El elemento básico de la naturaleza humana caída es su exaltación de sí misma y del ego individual. Cuando Satanás cayó, lo hizo por tratar de imponer su propia voluntad sobre la voluntad de Dios, declarando abiertamente su rebeldía en cinco ocasiones: “Subiré al cielo”, “levantaré mi trono”, “me sentaré ... sobre las alturas”, “...subiré, y seré semejante al Altísimo” (Is. 14:13-14). El hombre también cayó por esa misma intención de hacer su propia voluntad, cuando Adán y Eva prefirieron su propia manera de entender el bien y el mal por encima de las rotundas instrucciones de Dios (Gn. 2:16-17; 3:1-7).

Por naturaleza, el hombre centra su vida en sí mismo y está inclinado a hacer las cosas a su manera. Está dispuesto a llevar su egocentrismo hasta donde lo

permitan las circunstancias y la tolerancia de la sociedad. Cuando una voluntad egocéntrica se deja sin freno, el hombre consume todas las cosas y todas las personas a su alrededor en la búsqueda insaciable de agradarse a sí mismo. Cuando sus amigos, compañeros de trabajo o el cónyuge dejan de suministrar lo que la persona egocéntrica quiere tener, entonces son descartados como un par de zapatos viejos. Gran parte de la sociedad occidental moderna se ha saturado a tal punto con la conformidad a los dictados de la autoestima y la voluntad egocéntrica, que prácticamente todos los deseos humanos han llegado a ser considerados como derechos.

Actualmente la meta última en muchas vidas es poco más que una satisfacción perpetua del yo. Cada objeto, cada idea, cada circunstancia y cada persona, son vistos a la luz de lo que puede contribuir a los fines y el bienestar propios del individuo. El apetito de riquezas, posesiones, fama, dominio, popularidad y satisfacción física conduce a las personas a pervertir todo lo que poseen y todas las demás personas que conocen. El empleo asalariado ha llegado a no ser más que un mal necesario para financiar la indulgencia individual. Como se advierte muchas veces, existe el peligro constante de amar las cosas y usar a las personas en lugar de amar a las personas y usar las cosas. Cuando una persona sucumbe ante esa tentación, las relaciones humanas estables y fieles se vuelven imposibles. Una persona inmersa por completo en el ejercicio de su voluntad egocéntrica para obtener su autogratificación, va perdiendo cada vez más la capacidad de amar, porque en la misma medida que aumenta su deseo de poseer, se desvanece su deseo de dar; y cuando cambia la abnegación por el egoísmo también está renunciando a la fuente de felicidad verdadera.

La codicia egoísta aliena progresivamente a una persona de todas las demás, incluyendo a quienes estén más cerca y a sus seres queridos. El resultado al final es soledad y consternación. Todos los antojos satisfechos en poco tiempo se someten a la ley de reducción del lucro, y entre más se tiene de alguna cosa es menor la satisfacción que provee al individuo.

Segundo, el pecado produce culpa, que es otra modalidad de mala noticia. Sin importar qué tan convincentes puedan ser nuestros intentos de justificar el egoísmo, su abuso inevitable de las cosas y de otras personas no puede dejar de generar sentimientos de culpa.

Al igual que el dolor físico, la culpa es una advertencia dada por Dios para saber que algo anda mal y tiene que ser corregido. Cuando la culpa es ignorada o suprimida continúa creciendo y haciéndose más intensa, lo cual trae consigo ansiedad, temor, falta de sueño, y muchas otras aflicciones espirituales y físicas. Muchas personas tratan de eliminar esas aflicciones encubriéndolas con posesiones, dinero, alcohol, drogas, sexo, viajes y psicoanálisis. Tratan de acallar su culpa culpando a la sociedad, sus padres, privaciones en la niñez, el ambiente en que crecieron, los códigos morales prohibitivos, e incluso Dios mismo. Pero la

noción irresponsable de culpar a otras personas y cosas no hace más que agravar la culpa e incrementar las aflicciones que la acompañan.

Tercero, el pecado produce falta de sentido que es otra modalidad de mala noticia que ha llegado a proporciones endémicas en tiempos modernos. Atrapada en su propio egocentrismo, la persona autocomplaciente no cuenta con un sentido de propósito o significado. La vida se convierte en un ciclo interminable de intentos para llenar un vacío que no puede ser llenado. El resultado es futilidad y desesperanza. A preguntas tales como, “¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el significado de la vida? ¿Qué es la verdad?”, no encuentra respuestas en el mundo aparte de las mentiras de Satanás, quien es el autor de las mentiras y el príncipe del sistema que rige el mundo actual (cp. Jn. 8:44; 2 Co. 4:4). En palabras usadas por Edna St. Vincent Millay en su poema “Lamento”, esa persona solamente puede decir: “La vida debe continuar; aunque acabo de olvidar por qué”; también podría ser que en una forma similar a como lo hizo el personaje principal de una de las novelas de Jean-Paul Sartre, dijera con cierto nihilismo: “He decidido acabar conmigo mismo, para suprimir a lo menos una vida superflua en este mundo”.

Un cuarto elemento en la cadena de malas noticias que trae el pecado es la falta de esperanza que le hace compañía a la falta de sentido. La persona egoísta consumada pierde la esperanza, tanto para esta vida como para la venidera. Aunque puede negarlo, percibe que ni hasta la muerte misma es el fin de todo, y para el pecador sin esperanza la muerte se convierte en la peor noticia de todas.

Todos los días nacen millones de bebés en un mundo lleno de malas noticias, y a causa del egoísmo sin límite que colma la sociedad moderna, a millones de otros bebés ni siquiera se les permite entrar al mundo. Tan solo esa tragedia ha hecho que las malas noticias del mundo moderno empeoren a un grado inmensurable.

Las migajas de noticias aparentemente buenas no son más que un alivio efímero de todas las malas, y en ocasiones hasta lo que parece ser una buena noticia no es más que un mal disfrazado de bien. Una persona comentó con cinismo en cierta ocasión que los tratados de paz son en realidad una oportunidad que se dan los adversarios para ir a recargar sus armas.

Pero la esencia de la carta de Pablo a los romanos es que hay una noticia que es verdaderamente buena. De hecho, el apóstol era un “ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios” (Ro. 15:16). Él traía las buenas nuevas de que en Cristo el pecado puede ser perdonado, el egocentrismo puede ser vencido, la culpa puede ser quitada, la ansiedad puede ser aliviada, y ciertamente la vida puede tener esperanza y gloria eterna.

En su carta a los romanos, Pablo se refiere a las buenas nuevas de muchas maneras, y en cada una hace énfasis en alguna faceta de belleza única pertene-

ciente a una misma piedra preciosa espiritual. Él lo denomina el bendito evangelio o las buenas nuevas bienaventuradas, las buenas nuevas de salvación, las buenas nuevas de Jesucristo, las buenas nuevas del Hijo de Dios, y las buenas nuevas de la gracia de Dios. La carta empieza (1:1) y termina (16:25-26) con la buena noticia que es el evangelio.

La fuerza motriz de los dieciséis capítulos de la carta a los romanos se halla condensada en los primeros siete versículos. Aparentemente el apóstol estaba regocijado a tal punto con su mensaje de buenas nuevas, que le fue imposible dejar para más adelante la introducción plena de sus lectores al punto central de lo que tenía que decir, así que pasó a tratarlo de inmediato.

En Romanos 1:1-7 Pablo expone siete aspectos de las buenas nuevas de Jesucristo. Primero se identifica a sí mismo como el predicador de las buenas nuevas (v. 1), lo cual trataremos en este capítulo. Después pasa a contar acerca de la promesa (v. 2), la Persona (vv. 3-4), la provisión (v. 5a), la proclamación (v. 5b), y los privilegios de las buenas nuevas (vv. 6-7).

EL PREDICADOR DE LAS BUENAS NUEVAS

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, (1:1)

Dios llamó a un hombre bastante singular para que fuera el portavoz principal de su evangelio glorioso. **Pablo** fue por decirlo así, el vocero oficial encargado de anunciar el evangelio como un heraldo. Él fue un hombre favorecido con talentos peculiares a quien Dios dio “conocimiento en el misterio de Cristo” (Ef. 3:4), “el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos” (Col. 1:26). Ese judío sobresaliente con educación griega y ciudadanía romana, con una increíble capacidad de liderazgo, fuerte motivación y expresión bien articulada, fue llamado por Dios de manera especial y directa para su conversión y dotación.

Pablo atravesó casi de forma zigzagueante gran parte del Imperio Romano como el embajador de Dios que venía en representación de las buenas nuevas de Cristo. Realizó muchos milagros de sanidad pero no fue aliviado de su propio agujijón en la carne. Levantó a Eutico de los muertos pero al menos en una ocasión fue dejado por muerto. Predicó libertad en Cristo pero fue encarcelado por los hombres durante muchos años de su ministerio.

En el primer versículo Pablo revela tres cosas importantes acerca de sí mismo en relación a su ministerio: su posición como un siervo de Cristo, su autoridad como un apóstol de Cristo, y su poder con base en el hecho de haber sido apartado para el evangelio de Cristo.

LA POSICIÓN DE PABLO COMO SIERVO DE CRISTO

siervo de Jesucristo, (1:1a)

Doulos (**siervo**) transmite una idea básica de sometimiento y tiene un amplio rango de connotaciones. En algunas ocasiones se empleaba para hacer referencia a una persona que servía a otros de buena voluntad, pero comúnmente se usaba para denotar a quienes se encontraban bajo un yugo de servidumbre involuntario y permanente del que únicamente podían librarse con la muerte.

La expresión hebrea equivalente (*'ebed*) se emplea cientos de veces en el Antiguo Testamento y transmite el mismo rango amplio de connotaciones. La ley mosaica hacía provisión para que de manera voluntaria, un servidor dependiente se convirtiera en siervo de por vida de un amo al que amara y respetara. “Si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre” (Éx. 21:5-6).

Esa práctica refleja la esencia del uso que Pablo hace del término *doulos* en Romanos 1:1. El apóstol se había entregado de todo corazón y totalmente motivado por amor, al Amo divino quien le salvó del pecado y la muerte.

En tiempos del Nuevo Testamento había millones de esclavos en el Imperio Romano, la vasta mayoría de los cuales eran forzados a la esclavitud y mantenidos allí por ley. Algunos de los esclavos más educados y habilidosos ocupaban posiciones importantes en una familia o negocio y eran tratados con un respeto considerable, pero la mayoría de los esclavos eran tratados como cualquier otra propiedad personal del propietario y se consideraban apenas como poco mejores que animales de carga. No tenían derechos bajo la ley y hasta podían ser matados por sus amos con impunidad total.

Algunos comentaristas arguyen que debido a la gran diferencia entre la esclavitud judía tal como se practicó en tiempos del Antiguo Testamento y la esclavitud de Roma en el primer siglo, Pablo tan solo tenía en mente el concepto judío cuando hablaba en esos términos de su relación con Cristo. En el Antiguo Testamento se hace referencia a muchos de sus grandes personajes como siervos. Dios habló de Abraham como siervo suyo (Gn. 26:24; Nm. 12:7). Josué es llamado “el siervo de Jehová” (Jos. 24:29), al igual que David (2 S. 7:5) e Isaías (Is. 20:3). Incluso el Mesías es llamado el siervo justo de Dios (Is. 53:11). En todos esos casos y en muchos otros del Antiguo Testamento, el término *siervo* transmite la idea de nobleza y honra llevadas con humildad; pero como se ha indicado, la palabra hebrea (*'ebed*) que se traduce *siervo*, también era empleada para referirse a esclavos.

En vista de la genuina humildad de Pablo al considerarse como el primero

entre los pecadores (1 Ti. 1:15), es seguro que él no pretendía arrogarse el título noble y reverenciado de siervo del Señor tal como se emplea en las citas anteriores. Él se consideraba a sí mismo **siervo** de Cristo en el sentido menos presuntuoso de todos.

Por supuesto que todos los siervos verdaderos de Dios poseen cierta honra y dignidad inherente a su llamado, incluso en el caso de quienes parecen ser menos sobresalientes, y Pablo era muy consciente de la dignidad real aunque inmerecida que Dios otorga a quienes le pertenecen. No obstante, él también estaba constantemente al tanto de que la dignidad y el honor que Dios concede a sus hijos se derivan puramente de la gracia porque los cristianos *en ellos mismos* siguen siendo pecadores corruptos sin merecimiento alguno. Él escribió a la iglesia de Corinto: “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor” (1 Co. 3:5). Aquí Pablo usa el término *diakonos* para describir su posición como siervo, un término que se empleaba comúnmente para referirse a los que atendían en las mesas, a simples meseros; pero al igual que en su empleo de *doulos*, el énfasis aquí es en sumisión e insignificancia, no en honra. Más adelante en la misma epístola él solicita nuevamente a sus lectores que lo consideren como si fuese el sirviente en un barco (4:1). El término usado aquí es *hupēretēs* (“servidores”) que significa literalmente “remeros bajo cubierta”, que hacía referencia al nivel más bajo de remadores en la galera principal de una embarcación romana. Este era quizás el trabajo más difícil, peligroso y denigrante que un esclavo podía realizar. Tales esclavos eran considerados como los más abyectos de todos.

Debido a que él fue llamado y designado por Cristo mismo, Pablo nunca habría querido deslucir su posición como apóstol ni como un hijo de Dios. Él enseñó muy claramente que los líderes piadosos en la iglesia, especialmente quienes sean diligentes en la predicación y la enseñanza, deben ser “tenidos por dignos de doble honor” por parte de sus hermanos creyentes (1 Ti. 5:17), pero él hizo un énfasis continuo en el sentido de que tales posiciones de honor no son más que providencias de la gracia de Dios.

LA AUTORIDAD DE PABLO COMO APÓSTOL

llamado a ser apóstol, (1:b)

A continuación, Pablo pasa a establecer la autoridad de su ministerio, con base en el hecho de que él ha sido **llamado a ser apóstol**. Quizás una mejor transcripción sería “un apóstol llamado”, lo cual apunta con mayor claridad al hecho de que su posición como apóstol no era algo que hubiera alcanzado por sí mismo. Él no se ofreció como voluntario para ejercer tal oficio, ni tampoco

fue elegido por hermanos en la fe. Él recibió un **llamado** divino por parte del Señor Jesucristo mismo.

Mientras Pablo, quien entonces se llamaba Saulo, permaneció ciego después de su encuentro milagroso con Jesús en el camino a Damasco, el Señor le dijo a Ananías refiriéndose a Pablo: “Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (Hch. 9:15). Al transmitirle este mensaje a Pablo, Ananías dijo: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído” (Hch. 22:14-15). Más tarde Pablo expuso la revelación adicional de que Cristo ya le había dado ese mensaje directamente, cuando dijo:

Levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados. (Hch. 26:16-18).

Pablo dijo a los creyentes corintios: “Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Co. 9:16). Dios le había asignado una tarea que nunca había soñado ni pedido, y él sabía que estaría en serios problemas si no era obediente en el cumplimiento de su comisión divina.

Pablo fue “apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)” (Gá. 1:1), y prosiguió a declarar: “¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (v. 10).

Apóstol es la traducción de *apostolos*, que tenía el significado básico de una persona que es enviada. Se refiere a alguien que era oficialmente comisionado para ejercer una posición o realizar ciertos oficios, como es el caso de un emisario o embajador. Las embarcaciones de carga se llamaban con frecuencia apostólicas, debido a que se despachaban con un cargamento específico que se estaba enviando a un destino específico.

El término **apóstol** aparece unas setenta y nueve veces en el Nuevo Testamento y se emplea en contados casos en un sentido genérico y no técnico (véase Ro. 16:7; Hch. 14:14). En su sentido más amplio, *apóstol* puede referirse a todos los creyentes, porque cada creyente es enviado al mundo como un testigo de Cristo, pero el término se emplea principalmente como un título específico y único asignado a trece hombres en el Nuevo Testamento (los doce, incluyendo a Matías quien reemplazó a Judas, y Pablo), a quienes Cristo escogió y comisionó perso-

nalmente para proclamar el evangelio y guiar la iglesia primitiva con autoridad del cielo.

Los trece apóstoles no solamente fueron llamados directamente por Jesús, sino que todos ellos fueron testigos de su resurrección, incluido Pablo quien tuvo su encuentro con Él en el camino a Damasco después de su ascensión. Esos trece apóstoles recibieron revelación directa de la Palabra de Dios para proclamar con autoridad de lo alto, el don de la sanidad, y el poder para expulsar demonios (Mt. 10:1). Por estas señales quedó verificada su autoridad para enseñar (cp. 2 Co. 12:12). Sus enseñanzas se convirtieron en el fundamento de la iglesia (Ef. 2:20), y su autoridad se extendió más allá de los cuerpos locales de creyentes para abarcar a creyentes del mundo entero.

Aunque los apóstoles fueron “los enviados” en un sentido único e irrepetible, cada persona que habla en representación de Dios debe ser llamada y enviada por Él. Hay muchas personas que predicán, enseñan y presumen de profetizar en el nombre de Cristo, a las cuales resulta evidente que Cristo no ha enviado. Es obvio que no tienen unción de Dios porque sus enseñanzas y sus vidas no se ajustan a la Palabra de Dios.

Los falsos profetas siempre han plagado al pueblo de Dios. Ellos se encargaron de corromper al Israel antiguo y han corrompido a la iglesia durante todos los siglos de su existencia, lo cual siguen haciendo hasta el día de hoy. Por medio de Jeremías, el Señor dijo acerca de tales impostores: “No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban” (Jer. 23:21).

Algunos líderes religiosos no solamente no presentan evidencia alguna de haber sido llamados por Dios para predicar y enseñar en su nombre, sino que dan muy pocas evidencias de ser salvos. En su libro *El pastor reformado*, Richard Baxter –el pastor puritano del siglo diecisiete–, dedica cien páginas para dar advertencias a los predicadores del evangelio en el sentido de que primero que todo estén seguros de ser en verdad redimidos, y en segundo lugar que estén seguros de haber sido llamados por Dios para ejercer su ministerio.

EL PODER DE PABLO AL SER APARTADO PARA EL EVANGELIO

apartado para el evangelio de Dios, (1:c)

Puesto que Pablo fue llamado y enviado por Dios como apóstol, su vida entera estaba **apartada** para el servicio del Señor. Incluso una persona quien ha sido llamada por Dios a ejercer un tipo u ocupar un lugar especial de servicio, no puede ser efectiva si además de eso no es separada para Dios y **para el evangelio de Dios**.

A través de todo el Antiguo Testamento, Dios hizo provisión para el apartamiento de su pueblo escogido. Él declaró a la nación entera: “Habéis, pues, de

serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos” (Lv. 20:26). Justo antes de librar a su pueblo del ejército de Faraón, el Señor mandó: “Dedicarás a Jehová todo aquel que abriere matriz, y asimismo todo primer nacido de tus animales; los machos serán de Jehová” (Éx. 13:12). Dios también demandó los primeros frutos de sus cosechas (Nm. 15:20). Los levitas fueron apartados como la tribu sacerdotal (Nm. 8:11-14).

En la versión Septuaginta (griega) de los pasajes anteriores de Éxodo, Números y Levítico, las palabras “ofrecer”, “presentar”, “dedicar” y “apartar”, son expresiones que se traducen a partir del término griego *aphorizō*, el cual Pablo empleó al afirmar que él mismo había sido **apartado**. Se emplea para referirse al apartamiento del primogénito para ser dedicado a Dios, al acto de ofrecer a Dios los primeros frutos, a la consagración de los levitas para Dios, y a la separación de Israel frente a otros pueblos para ser de Dios. Por ninguna razón se podía dar algún tipo de mezcla o intercambio con las naciones gentiles, ni de las cosas sagradas con lo profano y ordinario.

Es posible que el término arameo *fariseo* comparta una raíz común con *aphorizō* y que transmita la misma idea de separación. Sin embargo, los fariseos no fueron apartados por Dios o de conformidad con los parámetros de Dios, sino que más bien se apartaron a sí mismos de acuerdo a los dictados de sus propias tradiciones (cp. Mt. 23:1, 2).

Aunque Pablo mismo había sido en el pasado el fariseo más fervoroso y vehementemente de todos los fariseos autodesignados, ahora él había sido apartado por medios divinos, no humanos. Dios le reveló que había sido apartado por la gracia de Dios aún desde el vientre de su madre (Gá. 1:15). Cuando él y Bernabé fueron apartados y comisionados por la iglesia de Antioquía para la obra misionera, esto se hizo siguiendo instrucciones directas del Espíritu Santo (Hch. 13:2).

El claro entendimiento de Pablo sobre su condición apartada se hace evidente en sus escritos a Timoteo. Timoteo era un siervo genuino de Dios, había sido discipulado personalmente por Pablo y le sucedió como pastor de la iglesia en Éfeso. No obstante, en algún punto de su ministerio es posible que hubiera estado a punto de perder su efectividad, quizás debido a un temor a la oposición o a causa de una debilidad temporal. Por esa razón, Pablo exhortó a su amado amigo: “Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Ti. 1:6-7). Es posible que también se haya visto tentado a avergonzarse del evangelio y de Pablo, como lo sugieren las palabras que Pablo le dijo: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Ti. 2:15).

Quizás debido a que Timoteo había descuidado su labor principal de predicar y enseñar la Palabra para enfrascarse en disputas infructuosas con incrédulos

los o con creyentes inmaduros, Pablo siguió amonestándole con estas palabras: “Evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad” (2:16). Incluso es posible que Timoteo corriera el peligro de caer en alguna forma de conducta inmoral que hubiera apremiado a Pablo a advertirle: “Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor” (2:22).

A pesar del supremo llamado de Timoteo y de su entrenamiento excelente, Pablo temía que este joven discípulo llegara a retroceder y caer en costumbres mundanas. Al igual que muchos cristianos, él descubrió que la vida puede parecer más fácil de sobrellevar y mucho menos problemática cuando se hacen algunas concesiones aquí y allá. Pablo tuvo que recordarle que era un hombre apartado por Dios para la obra de Dios, no por algún otro o para cualquier otra causa.

El término *euangelion* (**evangelio**) se emplea unas sesenta veces en esta epístola. William Tyndale lo definió como “nuevas de gozo” (*Doctrinal Treatises and Introductions to Different Portions of the Holy Scriptures by William Tyndale*, Henry Walter, ed. [Cambridge: University Press, 1848], p. 484). Son las buenas nuevas de que Dios está dispuesto a librarnos de nuestro pecado egoísta, hacernos libres de nuestra carga de culpa, y dar significado a la vida haciendo que sea vivida en abundancia.

La característica más importante del **evangelio** es que es **de Dios**. Pablo aclara esto en la primera frase de su epístola con el fin de que sus lectores no tengan confusión alguna con respecto a la buena noticia específica de la cual está hablando. *Euangelion* era un término común que se empleaba en el culto al emperador, el cual a su vez era bastante común en tiempos de Pablo. Muchos de los césares reclamaban la deidad para ellos mismos y exigían adoración de todos los súbditos del imperio, bien fueran libres o esclavos, ricos o pobres, célebres o desconocidos. Los eventos favorables relacionados con la vida del emperador eran proclamados a los ciudadanos como “buenas nuevas”. El heraldo de cada población se colocaba en pie en la plaza central y exclamaba: “¡Buena nueva! La esposa del emperador ha dado a luz un hijo”, o: “¡Buena nueva! El heredero del emperador acaba de llegar a la edad adulta”, o: “¡Buena nueva! El nuevo emperador ha accedido al trono”.

Debido en especial a que estaba escribiendo a creyentes en la capital romana, Pablo quería asegurarse de que sus lectores entendieran que las buenas nuevas proclamadas por él pertenecían a un orden de ideas totalmente diferente al propio de los anuncios triviales y vanas propias de los emperadores. El hecho de que procedían **de Dios** significaba que Dios era la fuente misma del anuncio, no se trataba de las buenas nuevas del hombre, sino de las buenas nuevas de Dios para el hombre.

No podemos evitar preguntarnos por qué razón Dios habría de ser condescendiente con un mundo que le rechaza y escarnece, al punto de traerle bue-

nas nuevas. Nadie merece escucharlas, mucho menos obtener la salvación a causa de ello.

El ilustre predicador expositivo Donald Grey Barnhouse contó la fascinante leyenda de un joven francés a quien su madre amaba con gran tesón pero que había caído en la inmoralidad en los albores de su edad adulta. Estaba muy enamorado de una mujer sin principios que se las había arreglado para ganarse toda su devoción. Cuando la madre trataba de alejar a su hijo de aquella asociación perversa y envilecida, la otra mujer se encolerizaba. Ella fustigaba al joven, acusándole de no amarla de verdad e insistiendo en que demostrara su compromiso con ella deshaciéndose de su madre. El hombre se resistió a ello hasta que una noche, en medio del estupor de una borrachera, fue persuadido a satisfacer la horrenda exigencia. Según la historia, el hombre salió apresurado del cuarto y llegó a la casa de su madre en la cercanía, la asesinó brutalmente e inclusive llegó a sacarle el corazón para llevarlo a su pérfida consorte como prueba de su infamia. Sucedió sin embargo, que cuando el hombre se apresuró a salir en medio de su arrebato demencial, tropezó y cayó, tras lo cual se dice que pudo escuchar al corazón sangrante exclamar: “Hijo mío, ¿te has lastimado?” El doctor Barnhouse comentó: “Esa es la forma en que Dios ama” (*Man’s Ruin: Romans 1:1-32* [Grand Rapids: Eerdmans, 1952], pp. 21-22).

Pablo mismo era una prueba viviente del gran amor y misericordia de Dios. Aunque había combatido contra Cristo y perseguido a la iglesia, Dios le convirtió en el vocero principal de la Iglesia. Él no podía imaginarse un papel más grande que el de ser apartado por Dios para la proclamación de su evangelio, las buenas nuevas de salvación en Cristo. Quizás esta es una razón por la que fue tan efectivo. ¿Quién sabía mejor que Pablo mismo cuán buenas eran en realidad las buenas nuevas?